

Una travesía mediterránea

Hay libros pudorosos, que se apartan del mundanal ruido y buscan un espacio y significado propio. Son obras hechas con cuidado, que implican largas horas de meditación en su concepción y establecen lazos entre sus lectores. Con Afinidades electivas hemos querido dedicarle un espacio a estas creaciones para que sean precisamente sus creadores quienes nos revelen su historia entre líneas.

Cuentos populares del Mediterráneo

Ana Cristina Herreros

Madrid: Siruela, 2007

No siempre, cuando uno emprende su viaje, por muy elevado que sea su pensar, halla libre su camino de lestrigones y cíclopes, y menos si el viaje discurre por un mar tan proceloso como el Mediterráneo.

La travesía comenzó cuando el Centro de Investigación para la Paz (CIP) nos propuso a dos narradoras hacer un trabajo de investigación en fuentes folclóricas del Mediterráneo español, financiado por la Unión Europea. A la par, otros investigadores realizarían el mismo trabajo en Portugal (consideraban el Algarve frontera mediterránea), Francia e Italia. El objetivo era analizar si había cuentos propios de este ámbito que no hubiera en ningún otro lugar. Pretendían usar estos trabajos como argumentos de mediación en conflictos de la zona (era el momento del conflicto en Kosovo). Y a ello nos pusimos en la Biblioteca Nacional de Madrid y en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Nos sumergimos en los fondos de estas bibliotecas de folcloristas del siglo XIX y comienzos del XX y llegamos a la conclusión que sospechábamos: no hay cuentos propios de esta zona porque los cuentos son la manifestación del sentir humano, y los humanos son humanos ya sea mediterráneos, atlánticos, cantábricos o de secano. Si los pinchas, sangran; si les haces cosquillas, ríen; si los envenenas, mueren. Lo que sí hay son elementos folclóricos característicos del Mediterráneo. Por ejemplo, la naranja o la almendra que aparecen en los cuentos como elemento mágico, y que, por supuesto, no aparece en un cuento inuit o zulú. El cuento es el mismo pero el elemento mágico cambia según la versión de la zona donde se cuenta.

Poco después, la Fundación Santa María se puso en contacto con la Fundación del Hogar de Empleado, fundación ésta de la que depende el CIP, y entre los proyectos que pensaron emprender juntas ambas fundaciones, uno de ellos fue publicar un libro de cuentos españoles mediterráneos. Me encargaron hacerlo y yo seleccioné y versioné los cuentos que me pareció oportuno incluir en la antología. Pero todavía no había cerrado el libro cuando la editora que se encargaba del proceso de edición de mi libro me sugirió ampliar el espacio geográfico e incluir cuentos de todo el Mediterráneo. Volví a bucear en la Biblioteca Nacional buscando fondos de otras costas y también en la Biblioteca de la Universidad Nacional a Distancia (UNED), en el CSIC... Navegué en buscadores de libros de viejo como Iberlibro o Abebooks, lancé señales luminosas y sonoras de ayuda a compañeros folcloristas y de esta forma se fue configurando otro libro, tan distinto del que yo había imaginado en un principio. Podía manejarme con fuentes en francés, inglés, italiano, catalán, pero no leo ni una palabra de árabe. Por primera vez en mi vida bendije el colonialismo, que ponía en mis manos textos de culturas árabes en francés e inglés. Las potencias europeas que colonizaron África y Asia habían recogido y traducido cuentos de tradición oral de los países que explotaban. Paradójicamente, han masacrado a la población, pero habían respetado sus cuentos. Además me encontré con que la expulsión de judíos y musulmanes de España había regado el Mediterráneo de comunidades que seguían contando cuentos en castellano (bueno, en jaquetía o en sefardí, que es castellano del siglo XVII, pero perfectamente comprensible). Contra lo que podría esperarse, fue más complicado con algunos cuentos españoles, porque, buscando en repertorios de folcloristas que hubieran recogido el cuento tal cual

lo había contado el informante, me encontré con que no hablaban lenguas normalizadas sino valenciano, catalán o balear llenos de palabras locales que era imposible localizar en ningún diccionario. Llegué a mirar en la guía de teléfonos de Baleares o de Alicante, en el pueblo donde se había recogido la versión, para buscar el apellido que a mí me parecía más balear o más alicantí, y llamar contando que estaba haciendo un libro de cuentos de la zona y que no sabía qué significaba determinada palabra. A veces me colgaban. Y así, con estas mañas, conseguí superar la dificultad de los idiomas, pero no había salvado todos los escollos.

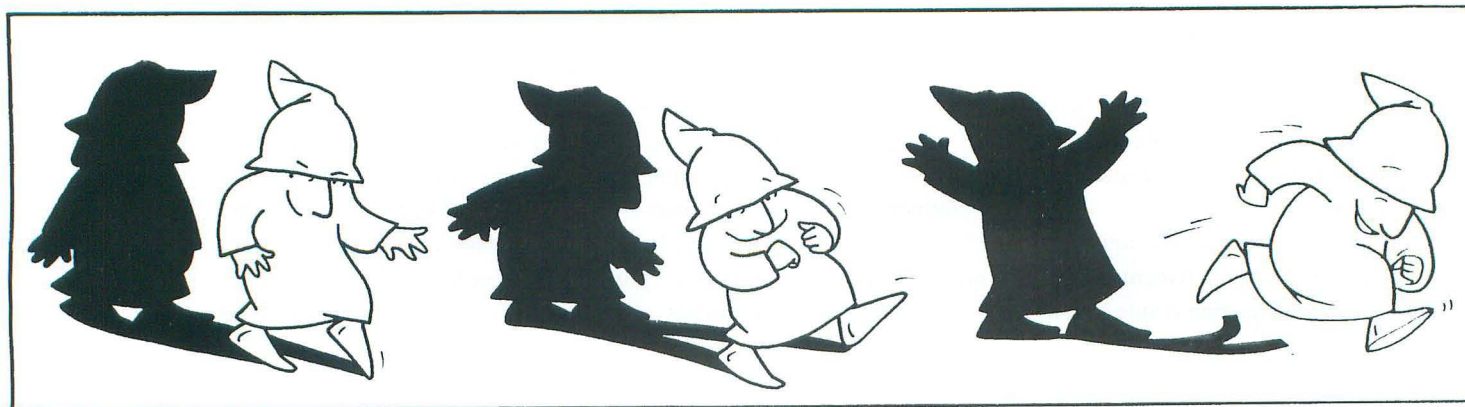
Entrego el texto una buena mañana y a mediodía la editora me llama por teléfono y me dice: “Ana, estoy leyendo los cuentos y es como si los estuviera oyendo”. “Pues qué bien –respondí yo– justo lo que yo quería, que lo cuentos de la tradición oral suenen a orales”. “Pues qué mal –me dice ella–. Esto quiere decir que no son literarios”. Y aquí nos enzarzamos en el gran debate de si la literatura oral (que terminológicamente es un contrasentido porque “literatura” viene de “letra” y en la oralidad no hay letras) es literatura o no. Claro, ella quería textos llenos de adjetivos literarios y yo quería versiones de cuentos orales. Otra pega que la editora le veía al libro era que no sonaban todos los cuentos igual, lo que consideraba una falta de estilo por mi parte. Pero este carácter polifónico había sido intencionado. Desde el primer momento intenté hacer versiones que respetaran la forma de contar de cada narrador. No puede sonar igual un cuento tunecino (más prolijo en descripciones y con un ritmo más lento) que un cuento de Murcia (más rápido). Estaba claro que no queríamos hacer el mismo libro. Me amenazó con un *editing* feroz, o sea, reescribirlos en la editorial de acuerdo con sus criterios. Además, la editorial está dirigida por religiosos, y había cuentos, como *El amigo de la muerte*, que no le parecían correctos desde un punto de vista teológico. Confieso que nunca me preocupé de este tipo de correcciones.

Después de mucho discutir, encontré la piel de oveja que me sacó de esa cueva: había entregado muchas versiones, así que le propuse que escogiese las que le parecieran más “correctas” conforme a su criterio y desechase las que no le gustasen. Eso sí, las que escogiese no las alteraría en absoluto. Y así salió este primer libro de *Cuentos del Mediterráneo*, con una extensión considerablemente mermada respecto al proyecto inicial.

Y un día, en una Feria del Libro de Madrid, se me ocurrió hablar de todas las versiones que tenía metidas en un cajón a la directora editorial de Ediciones Siruela, y me propuso hacer un libro para ellos. Cogí mis versiones y, como eran los cuentos que cuenta la gente, las estructuré por gentilicios. Esta vez mi editor acogió el proyecto con más entusiasmo y juntos soñamos el libro. Me hizo ver que me faltaban lugares muy importantes: ¿cómo no íbamos a poner una versión de Creta o de Chipre, que en este nuevo libro no había en un principio? Tampoco tenía nada de Malta. Vuelta a la inmersión en todo tipo de mares. A veces encontraba una versión maltesa que me gustaba, pero ya había seleccionado ese mismo cuento en una versión marroquí. Así que sustituía la versión marroquí por otro cuento (de Marruecos tenía mucho material en jaquetía y en francés) e incluía el cuento maltés. No me servían ninguno de los cuentos de Cerdeña que había encontrado porque eran versiones muy “literarias” hechas para la escuela, y yo buscaba textos que hubieran alterado lo menos posible la versión del paisano o paisana que lo había contado. Al final, gracias a Giorgio Todde, autor de novela policíaca de la editorial y sardo, conseguí la referencia bibliográfica de un texto próximo a la fuente. Lo pedí por Internet a una librería de Roma, pero no llegaba. Y tenía que cerrar el libro, porque el libro debía estar para la Feria del Libro de Madrid. Había encontrado dos volúmenes de cuentos del Líbano en Abebooks, pero cuando llegaron resultó que eran un estudio antropológico sobre los cuentos

Nuestra viñeta de LIJ. © El nano

Por Cristina Pérez Navarro y Jorge Quiroga





© Fabio Marraz

donde no había ni un solo cuento. Vuelta a buscar. Y no podía escribir el prólogo hasta no haber cerrado el corpus, y el libro tenía que estar en manos del corrector esa semana porque, si no, no llegábamos. Y así, con el vértigo que provoca la prisa en el viaje, completando y ajustando las versiones, cuidando del ritmo que conformaba la sucesión de los cuentos, concluyó la odisea: llegamos a puerto con el viento fresco de abril. El camino fue largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias, fueron muchas las

mañanas de verano en que arribé a puertos antes nunca vistos, pero valió la pena porque ha brindado tan hermoso viaje por este mar de cuento a más de 4.000 lectores en los seis primeros meses de su singladura. ☑

Ana Cristina Herreros Ferreira es también **Ana Griott**. La una es filóloga y editora. La otra, narradora. Detrás de ambas hay una mujer sensible que transmite a sus interlocutores el amor por la palabra y la pasión por el acto de contar.